

LA PRIMERA VEZ

Ahora que han pasado varios años me preguntó cuál pudo haber sido su objeto. Seguramente ninguno, sólo el placer de estar con los compañeros y discutir temas variados. Quizás era un acto para cortarnos el cordón umbilical, ya que el pasarnos parte de la noche fuera de casa, sin permiso, sabiendo el disgusto que íbamos a causar, y aceptando de antemano el seguro castigo, nos demostrábamos, y sobre todo demostrábamos a los demás, que ya éramos hombres. Pudieron ser otras causas, lo cierto que cada miércoles, sin fallar, nos juntábamos en el café de chinos. Ya reunidos hablábamos de todo, de autos, de mujeres, de política, de nuestro futuro, de los profesores, de las materias educativas, del cine, del dinero, de las diversiones. Todos estábamos en contra de lo establecido, sólo nuestras ideas tenían valor. Si nos escucharan qué distinto sería el mundo, asegurábamos, no habrían más injusticias, ni guerras, ni hambre; todo el mundo viviría feliz.

Las reuniones empezaban a las nueve de la noche. En parejas o en grupos de tres íbamos llegando. El día más flojo nos juntábamos ocho o diez compañeros, pero en ocasiones llegábamos a ser más de veinte. Los dueños del café nos tenían pánico por lo poco que consumíamos y el escándalo que hacíamos. Nunca se atrevieron a decir nada.

Sin proponerlo, y sin nunca decirlo, elaboramos un protocolo que se seguía puntualmente. Al que iba llegando, uno de los que ya se encontraban en el lugar, le hacía una crítica o una broma de mal gusto. Como todos nos conocíamos bien, era muy fácil atacar y dar en el blanco. Los que llegaban contestaban de la misma forma. ¿ Vienes más turbado que ayer?, preguntaba uno. Le contestaba el otro que no, que no visitaba tanto, como él, a Doña Manuela, que se viera la mano, que ya tenía pelos.

LA PRIMERA VEZ

La segunda parte consistía en que uno por uno, según riguroso orden, relatara lo sucedido en la última semana: exámenes, fiestas, aventuras, paseos, diversiones. Aquí era donde volaba la mente. Todos empezaban con sucesos reales para después inventar historias. La competencia, en esto, era altísima, Juan Reséndiz se había acostado con más de siete mujeres en una semana, Fernando Albores había dirigido la sinfónica nacional ya que su tío es el director y le dio permiso, Jacinto Nevárez había toreado, junto con Armillita, dos toros en una ganadería. Ponchito venció a toda una pandilla que era la plaga de su colonia. Por supuesto no faltaban los deportistas, los que conducían sus autos a más de ciento cincuenta kilómetros por hora en plena ciudad, o el que había roto todas las marcas de velocidad en carreras de ochocientos metros. Todos sabíamos que lo que se contaba eran puras mentiras pero todos fingíamos creerlas. Ellos estaban construyendo cuentos y nosotros los disfrutábamos.

La tercera etapa era la seria, grandes temas tratados con una filosofía profunda, como las frustraciones y motivaciones del mexicano, la libertad de la mujer, los partidos políticos, el matrimonio, las relaciones sexuales prematrimoniales, la elección de una carrera, la familia, el futuro de los jóvenes, etcétera, etcétera. Uno desarrollaba el tema, todos lo escuchábamos, después venía la discusión. Aquí era lo bueno. Palabras, gritos, golpes dados a la mesa, insultos. Estos últimos empezaban con un simple “no seas buey”, seguido con “sólo a un tarado se le puede ocurrir esto”, hasta llegar a recordar a la progenitora de alguno. Nunca llegamos a los golpes, pero defendíamos nuestro punto de vista a capa y espada. Después de dos o tres horas de gritar, repetir una y otra vez lo mismo, dábamos por terminada esta parte. Por supuesto nadie convencía a nadie. Todos nos sentíamos triunfadores.

LA PRIMERA VEZ

La cuarta etapa, ya de madrugada, era formular planes para el fin de la semana: ir cine, caminar por las calles céntricas para conquistar mujeres, asistir a algún evento cultural. Ninguno tenía auto, ni dinero, y lo peor de todo, imaginación. Unos se iban con sus padres a Cuernavaca, otros se tenían que quedar en sus casas haciendo sus trabajos escolares, dos o tres, la minoría, visitando a sus novias.

Comenzaba entonces la desbandada. Pequeños pleitos para evitar pagar de más , la despedida, con una nueva serie de bromas, un “ te lo lavas” o “ me saludas a la más vieja de tu familia” y la salida del local.

Invariablemente quedábamos cuatro o cinco, que nos dedicábamos a criticar uno a uno a los que se retiraban; nos reíamos de sus mentiras, de su vestimenta, de lo avaro que se vieron, de sus estúpidos argumentos. Ya con las luces del café disminuidas, treta que nunca le funcionó al chino, empezaban las confidencias íntimas que siempre ameritaban un consejo, y que cada uno de nosotros dábamos, creyendo así salvar una vida. Uno se quejaba de sus padres, otro de la novia que no le hacía caso, otro, que creía estar equivocado en su vocación profesional. La familia siempre salía a colación, no sólo los padres, también los hermanos, las abuelas, las tías. Los más trágicos en estos momentos eran los que habían tenido que dejar a su familia en la provincia para venir a estudiar a la capital.

Un tema recurrente era el de la primera vez, y éste salía ya de madrugada, nunca antes. Antes era el futuro o el presente, no el pasado. El primer baile, la primera llegada tarde, el primer beso, el primer viaje en avión, la primera experiencia sexual, el primer pleito callejero, la primera parranda, el primer cigarro. Cada principio de algo estaba ligado a expectativas, a temores, a ansiedades, a deseos, a curiosidad. También a rompimientos con costumbres o morales, a sensaciones de culpa, a triunfos y fracasos. Si

LA PRIMERA VEZ

triunfábamos salíamos más seguros de nosotros mismos y ya podíamos enfrentarnos a otra barrera. El fracaso nos hacía pasarnos noches y noches en vela tratando de buscar las formas para vencer a ese enemigo concreto, un enemigo tan simple como puede ser el asistir solos, por primera vez, a una reunión social. ¿Cómo me vestiré, tendré que ser puntual, que voy a decir cuando llegue, a quién deberé saludar primero?

No dudo ni un instante que fueron más importantes las “primeras veces” de nuestra infancia: los primeros pasos, la primera palabra, el primer miedo, la primera soledad, el primer dolor, que las que platicamos en el café. Nuestros padres se encargan de recordarnos otros inicios, también olvidados por nosotros: el primer diente, la primera ida a la escuela, la primera caída. Pero ni ellos, ni nosotros, recordamos nuestro primer temor a la oscuridad, nuestra primera subida en una escalera gateando, nuestro primer asco.

A mi edad actual, más de cincuenta años, sigo recordando algunas primeras veces. Mi primer trabajo, mi primer sueldo, la primera conquista amorosa, la primera noche de bodas, el nacimiento del primer hijo, la primera operación quirúrgica, la primera vez que supe que era diabético...

Miles de primeras veces. Faltaría recordar una fundamental, la del nacimiento e imaginar otro inicio, el de la muerte.

Pero a los jóvenes nos interesaba más que otra cosa la iniciación sexual. De eso hablábamos todos. Felipe, que contaba diez y siete años, nos hacía reír a carcajadas relatándonos su fracaso en ese día y su miedo a quedar impotente para siempre. Nos lo íbamos imaginando conforma iba relatando su odisea. El, tan flaco, tan chaparro, frente a una gorda medio desnuda que lo apuraba. El sintiendo que se moría, ella burlándose de él. Su salida apresurada, los gritos burlones de la mujer y las risas de los compañeros que lo esperaban junto a la puerta del burdel. Claro que muchas primeras experiencias fueron

LA PRIMERA VEZ

inventadas. No faltó el que dijo haber satisfecho tanto a la mujer que esta dejó el prostíbulo para seguirlo. La realidad es que la mayoría tuvo una mala experiencia. A Ernesto le contagiaron una gonorrea, Luis tuvo su primera experiencia con la sirvienta y esta lo amenazó con decirle a sus papás, a Sergio le robaron su reloj, a Anselmo lo golpearon por no tener el suficiente dinero para pagar.

Mauricio fue al que se le ocurrió la pregunta: ¿Cuál de las primeras veces nos había impresionado o afectado más? Difícil contestar a esa pregunta. La primera comunión, por todo el ambiente familiar, social y escolar, además por el traje, las velas, los curas, llegó ser una vez primera importante. De la sexual, ni hablar, fue fundamental. Gabriel fue el primero en contestar. Recordó el día en que toda su familia se preparaba para una boda. El padre le dio las llaves del auto para que lo abriera y bajara los vidrios ya que hacía calor. Sin haber manejado en su vida se le hizo fácil encender el motor, después arrancar y por último conducir por la colonia. Pudo bien con las direcciones, ya que había observado al hermano hacerlo, lo que no pudo fue poner el freno cuando se atravesó un camión en su camino. Movié cuanta palanca encontró, gritó al camión que se quitara, tocó el claxon, pero nada, el auto siguió avanzando hasta estamparse en la mitad del otro vehículo. No había transcurrido un minuto y ya el lugar se encontraba lleno de gente, de policías...y lo peor de todo, de su propia familia. El padre, como loco, le gritó que qué había hecho, que pudo haberse matado o matado a alguien, a un niño, a una anciana. La madre lloró como siempre. Sus hermanos, cuando no los veían sus padres, se burlaron de él. Se quedó sin domingo varios meses, no fue a la boda, tampoco la familia, y al auto no volvió a subirse en mucho tiempo. La anécdota de Gastón me gustó más. El, aún en la actualidad, sigue jurando que fue verdad. La historia es la de un niño, él mismo, que a los doce años de

LA PRIMERA VEZ

edad, escucha unos ruidos rítmicos en su ventana. Al mirar, asustado, hacia el lugar, vio un rostro humano muy triste. Este ser trataba de decirle algo pero él no entendía nada. Segundos después desapareció en medio de un humo azul. Quedó petrificado en la cama, sin poder gritar o moverse. Al encender la luz todo estaba en orden, fue a la ventana, que se encuentra en un cuarto piso y .no vio nada. No se atrevió a despertar a sus padres. Está seguro que fue un contacto con el más allá y, está seguro, tendrá que repetirse algún día. Cuando terminó todos nos apresuramos a contar anécdotas personales o familiares sobre aparecidos, sobre ruidos de cadenas, sobre muebles que se mueven solos, sobre gritos nocturnos.

Manuel Espinoza, no sé si para presumir o para qué, nos contó como su experiencia inicial más grande fue cuando se subió al avión para ir a Nueva York. Esta no fue el vuelo en sí, nos dijo que ya había hecho muchos otros viajes, sino que ya en el aire una ala del aparato empezó a incendiarse. Del susto aventó su charola de la comida sobre su vecina, una anciana. Después, ya calmado, tuvo nauseas. Vomitó varias veces.

Con Mario, que tiene grandes dotes humorísticos, nos reímos a carcajadas de su primera borrachera. Fue en la preparatoria. Entre todos sus amigos y él juntaron para una botella de ron, se fueron a un parque, ahí se la terminaron. Fueron por otra. La terminaron. Para esto ya todos cantaban, bailaban y sin importarles nada se orinaban en los árboles. Dos de ellos se treparon a la fuente del parque y no bajaron de ahí hasta estar totalmente empapados. Se quitaron la ropa para que se secase. Fue cuando llegó la patrulla. En la delegación los acusaron de todo: de exhibicionismo, de faltas a la moral, de escándalo en vía pública, de insultos a la autoridad. Total, una multa alta y un susto mayúsculo.

LA PRIMERA VEZ

Los dos últimos relatos fueron los de Andrés y de José Luis. Ellos no habían querido hablar y fue sólo hasta que quedamos muy pocos que se atrevieron a hacerlo. Principió Andrés, y creo que por lo que contó, que José Luis también se haya atrevido a hacerlo. Estas experiencias ajenas influyeron definitivamente en mi desarrollo y en mi forma de pensar. Los dos casos, al tener a sus respectivos padres como protagonistas, me causaron, y estoy seguro que también a los demás, un shock, al escucharlos. Andrés, con la cabeza gacha, relató el primer contacto con la vida sexual de pareja. Todos nos reímos. Le dijimos que ese tema ya estaba muy dicho y oído, que ya todos habían platicado esa primera vez. Andrés, sin hacernos el menor caso, siguió. Relató primero lo cerrado que eran sus padres en materia sexual. No permitían ningún dibujo o cosa que tuviera que ver con el sexo en la casa.. Aún a sus once años, que es cuando le sucedió esta experiencia, seguían hablándole de la cigüeña. Esa noche le empezó a doler el vientre, se asustó, llamó a la mamá pero esta no lo escuchó. Al aumentarle el dolor decidió ir a buscarla. Abrió la puerta de la recámara de los padres, sin tocar, pues nunca lo hacía , y encontró a la pareja en pleno acto sexual, los dos desnudos, los dos gimiendo. Del susto lanzó una exclamación. Sus padres al verlo trataron de taparse con lo que fuera mientras le gritaban que regresara a su cuarto. Unos minutos después se presentó el padre para regañarlo por entrar a su cuarto sin tocar. El regaño era violento. Cuando él quiso contestar diciendo del dolor, el padre le soltó una fuerte cachetada para después salir furioso del cuarto.

Los cinco que lo escuchamos nos quedamos sin saber que decir. Andrés concluyó su relato diciendo que él aún era virgen. Varios minutos transcurrieron sin que nadie hablara, todos nos dedicamos a fumar, a tomar café, a contar nuestro dinero para irnos. Ya de pie, José Luis nos pidió que lo escucháramos. Volvimos a sentarnos.

LA PRIMERA VEZ

Mi historia es muy corta, principió a decir, mis padres son igual o peores a los de él, dijo, dirigiendo la mirada a Andrés. Son mochos, finos, elegantes. Mi madre pertenece a varias agrupaciones religiosas. Mi padre es Caballero de Colón y Rotario. Desde pequeño me han obligado a rezar el rosario todas las noches, comulgar una vez por semana, y por supuesto, asistir los domingos y fiestas de guardar a misa. La menor falta, como acostarme más tarde de lo permitido, pelear con mis hermanos, gritarle a la sirvienta, eran clasificadas por ellos como faltas graves que ameritaban el infierno. Una vez que me atreví a decirle imbécil a mi hermano, continuó, casi me matan. Con estos antecedentes se pueden ustedes imaginar lo que sentí cuando, por primera vez, y sin querer, escuché una disputa entre mis padres. Empezaron reclamando no sé que cosa de dinero, él la llamó desobligada, floja. Ella le contestó que el desobligado era él, que nunca estaba en casa, que prefería las copas. Siguieron y siguieron hasta que él la llamó puta y ella lo llamó impotente. El padre contestó que era impotente pero sólo con ella, no con las otras que tenía. La madre lo corrió de la casa después de gritarle que fuera a chingar a su madre, que eso es lo que merecía esa pinche vieja metiche. Ahora, no acepto rezar con ellos por más que me amenacen o griten. En mi cuarto, cuando estoy desesperado, rezó por ellos y por mí mismo. Concluyó su narración diciendo “ ¿Verdad que es una historia común y corriente?.

No recuerdo si salí del café solo o acompañado, lo cierto es que el resto de la noche no pude dormir. Fue la primera vez que pensé en mis padres como personas ajenas y que supe que el mundo no era como nos lo habían pintado. Deseo que no hubieran otras primeras veces como estas.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999